

## El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

### LA OBRA POETICA DE OCTAVIO GAMBOA

El Valle del Cauca, es, por definición, la patria de la Poesía. Pero no de aquella que se motiva en influencias de poetas lejanos a nuestro suelo y cielo, sino que resplandece con sus propios perfiles.

Es cierto que en este tiempo del desprecio, que dijera Malraux, la poesía con su mensaje no penetra en los desiertos territorios del alma, porque hemos desterrado de nuestras vidas ese mundo que nos hermana con el lento caer de las hojas, con la lluvia pertinaz vista a través de una ventana campesina, con todo aquello que se evade, pero no para convertirse en abstracción, sino en voz clamante que nos taladra el espíritu y nos purifica.

Octavio Gamboa, descendiente de poetas, ha sabido ceñirse a cánones estéticos, que son fulgor puro y no invierno del pensamiento. Escribe, porque conoce muy bien el aciago origen del hombre y está seguro de que solamente nos salvaremos por la purificación de la poesía. Es que el Valle del Cauca le ha entregado a la lírica americana valores que tienen un distintivo primordial: La hondura de los temas. Y el aura de una melancolía que se depura, que se hace luz cernida de estrellas que descienden a bañarse en las aguas puras. Y una creencia ciega en lo intemporal, aquello que está más allá de la palabra, torpe y limitada, por definición. Y un sentido trascendentemente religioso, sin llegar a los límites de la metafísica. Ruiseñores de abril. Rosas cuajadas de rocío. Mujeres que se convierten en jardines flotantes de perfumes. Tenaces memorias de la muerte evocada. Y amor por la naturaleza, por los elementos, las nubes, el viento,

los caminos que se refugian a descansar entre los huertos, y la relación entre la naturaleza y la hondura del alma. Así fueron Mario Carvajal, Jorge Isaacs, Carlos Villafañe, Antonio Llanos, Ricardo Nieto, Gilberto Garrido y muchos otros.

Es como una tradición que viene del tiempo de los abuelos, de los románticos de siempre. Octavio Gamboa es en la actualidad con Helcías Martán Góngora, los poetas más puros del Valle del Cauca y acaso de los primerísimos nombres en la poesía colombiana. Octavio Gamboa tiene sus noches pobladas de gritos o de suspiros y se embelesa con el retumbar del trueno o con la fosforescente luz de los cocuyos. Su poesía es testimonial lo que significa un verdadero y sacro mundo interior. Y por eso escribe:

El Valle del Cauca participa de todos los dones del aire.  
Como al hijo en la leche le llega completa la historia materna.  
La palpable humedad de la nube, la pasión del silencio estrellado.

La simiente nocturna y secreta que oímos caer en la lluvia  
y el súbito arpón del relámpago en la mano segura del viento.

En verdad, el gran poeta comulga con los elementos y los ampara para la iracundia del tiempo. Los ojos de Octavio Gamboa ven más allá de los de muchos mortales, aturdidos en la feria de las vanidades. El sabe que todo ese rebullicio de gozo es efímero y que lo sagrado, lo que tiene un bautismo es el agua, la nube, el viento, el árbol, la estrella, el pez que se eleva alucinante en las aguas del Océano Pacífico como lo contemplamos en nuestra travesía marina de Buenaventura a Valparaíso.

Todo aquello que es naturaleza perenne, roca donde prende el lirio, dulzura de la tarde sobre los collados, y, de pronto, una voz, una honda voz de pastor que se dispara hacia el infinito. Gracias le sean dadas a Dios por la voz de este poeta que honra no solamente a su comarca nativa del Valle del Cauca, sino a Colombia en sus más puras esencias.

\* \* \*

## LA OBRA Y LA VIDA DE RAFAEL CANSINOS-ASSENS.

En la Avenida Menéndez Pelayo, Número 57, en un piso humilde, sin decoración, ni belleza arquitectónica, habita, en suma

pobreza y aflicción, la esposa del gran escritor español Rafael Cansinos-Assens. Después de numerosas investigaciones logramos dar con ese piso y con esa mujer admirable.

La acompaña su único hijo, que se llama Rafael como su padre y recibía educación en un colegio en el cual la Sociedad de Escritores de España otorgaba becas para los hijos de quienes labraron los caminos de la inteligencia y le otorgaron a España una nueva dimensión. Una vieja mesa repulida por las mangas de los vestidos del insigne trabajador de la inteligencia, sobre la cual descansan aún legajos de sus últimos escritos, todos a mano. Una letra rápida de un graficismo que denota a las claras las altas combustiones de aquel espíritu que manejaba diez y nueve idiomas y dejó una obra, que, si discutible en algunos de sus libros por el exceso de lirismo, es, quién lo duda, tan importante para la cultura de España, como la de Azorín, Enrique de Mesa, Baroja, Ganivet, Gabriel Miró, Ramón María del Valle-Inclán, Unamuno.

La señora esposa, con nobleza que siempre agradecemos, nos abre esos paquetes que contienen libros inéditos, novelas, traducciones, salmos, canto, rosas y la angustia lírica del escritor reflejada en esos trabajos como el rostro de Cristo en el lienzo de la Verónica.

Nos habla de su larga pobreza al lado del infatigable escritor. Dejó cerca de veinte libros inéditos, amén de treinta o más editados. Rafael Cansinos-Assens, a cuyo entierro concurren solamente seis personas —el amargo destino de los escritores frente a los políticos y a los tecnócratas—, fue lectura preferida de nuestra juventud. Precisamente cuando comenzamos a descubrir a España, su densidad, su sentido intemporal y su hazaña sepultada. Mucho lirismo. Excesivo. Acaso demasiadas primaveras. Pero también un pensamiento rico en belleza, y hondamente escrutador del destino del hombre. Las literaturas árabe y judía las conocimos por las traducciones perfectas y los ensayos de Cansinos-Assens. Y tanto libro suyo con el contorno exacto de una cúpula.

*“Salomé en la Literatura”, “Ética y Estética de los Sexos”, “El Candelabro de los Siete Brazos”, “Dostoievski, el novelista del subconsciente”, “Cuentos Judíos”,* son hitos de esa obra gigantesca, estuario que no puede borrar el olvido, ni las nuevas escuelas literarias que son tan viejas como el mundo.

Nos dice su viuda que toda su pasión era la de trabajar en sus libros. Nunca se dio vacaciones porque tenía que escribir para ganar un pan escaso, mientras la opulencia florecía con sus gozos y sus melancolías finales en otros lugares. No fue nunca ministro, director de un centro de educación, miembro de la Academia de la Lengua, nada de los oropeles que concede una sociedad de consumo, capitalista y hacedora de "genios" para su buen vivir. Nada de estos convencionalismos hace falta a su gloria de escritor comprometido con la belleza literaria hasta la muerte. Para Jorge Luis Borges, Cansinos-Assens es uno de los más grandes escritores de habla castellana en todos los tiempos.

Como grandes alcatraces vivos sentimos en nuestras rodillas estos libros inéditos. Y pensábamos: ¡Quién pudiera editarlos! ¡Qué suma de hallazgos creadores en esas páginas!

España tuvo una dimensión más en la obra de este portentoso escritor. El lirismo llegó en sus obras a ese punto en que la rosa queda presa en el aire, en la cárcel de su propio perfume. Gonfaloniero de un tiempo que no regresará nunca porque los lábaros yacen sepultados bajo la arena que levantan los cascos rutilantes de la nueva Bizancio.

\* \* \*

**Tema:**

**EN LA RUTA DE ALBERTO LLERAS.**

—¿Qué es lo que más nos seduce en Alberto Lleras? El insigne escritor, ahora que releemos su magna obra "*Visión de dos décadas*" es que ya ha tomado partido entre el verbo, el adjetivo y las ideas.

Lo que a Lleras importa es ponernos frente a un conflicto, no a un sistema cordillerano de ideas. Escritor hasta la médula de los huesos, pertenece a la raza de los que padecen la carga de la humanidad, no a ese grupo de bien hallados con la literatura, para realizar únicamente hazañas líricas que, finalmente son "cadáveres de cosas". Alejado de la pequeña política ha vuelto a su ejercicio, acaso dilapidando un tiempo precioso que antes había dedicado a testimoniar lo que vieron y donde actuaron las gentes de su raza en la parva Historia de Colombia, y, lo que él mismo, le ha tocado hacer con sus manos de artí-

fice. El hielo está en las manos. Pero el corazón es un volcán. De ahí que quienes no lo conocen, ni han intimado jamás con él, crean que Lleras es orgulloso y lejano, ave altanera que vuela por encima de los conflictos donde reptan los gusanos de la politiquería de rebotica. Lleras ha pesado todas esas almas, las esforzadas y heroicas, y aquellas otras, que se deslizan como camaleones, porque se han liberado de la conciencia como de un pesado lastre.

Alberto Lleras ha llegado a la edad de 75 años. La senectud amada por los verdaderos amigos de la sabiduría. A la que pretenden irrespetar los bufones pero que es sombra benigna para los espíritus que arden en vocación de Patria. Y sin reticencias confiesa que no le causa amargura vivir esta época, porque asiste a un cambio radical de valores. Y todo cambio trae consigo nuevos frutos o duros rigores. Como las estaciones del tiempo. Pero Lleras no inverna. Su prosa florece con la riqueza de la primavera. Y su vocación de inteligencia —sino trágico de los grandes hombres— le hace más duro, más áspero el camino. Pero no es un simple espectador. Es actor. Se hunde en el coro griego y va envuelto en su propia clámide. Salmodiante, clamante, con voz de Maestro. Acaso ya muchos no quieran oírlo. Porque los oídos de los hedonistas se irritan cuando cae la semilla del buen consejo. Pero el escritor sabe que tiene una obligación consigo mismo. Y debe cumplirla, sin desfallecimientos. Ni parcial, ni violento. Con el soberbio orgullo de los animales de raza. Vinculados con todo lo trascendente, con todo aquello que, en cierta forma, nos prolonga y enriquece. Es cosa de sangre. La herencia como un gran río de fuego que solo podrá apagarse en las heladas aguas de la Muerte.

Dicen que es taciturno. Lo negamos de plano quienes hemos dialogado con él varias horas. Lo que sucede es que abomina de las adiposidades, de la fronda, del verbalismo, del que organiza orquestas de palabras como espuma que se deshace frente a la primera saliente de la roca. Tiene en mayor estima el sustantivo que el adjetivo. El primero es algo carnal, es semilla, el segundo es adorno. Acaso el primero sea, como quería Papini y lo corrobora Chesterton, masculino, y, el segundo las ondulaciones de la mujer o de la brisa.

La patria le ha construído ya su estatua que no es bronce, mármol, madera de artesanía, sino una forma ejemplar de que

seamos mejores al saber que Alberto Lleras, solitario, es mejor, más fuerte, más digno, más escritor, que grupos de parlanchines vociferantes de conciencia plegable como el acordeón o escritores fruto de un desmesurado elogio de sus epígonos.

Su prosa ciñe el tema deseado y no se deja conducir por las sirtes engañosas. Sabe que la soledad es la mayor fortaleza del hombre puro, aquel que tiene las manos limpias de todo peculado moral. Delgado, fino, transparente como esos caballeros que inmortalizó el Greco cuya alegoría contemplamos en Toledo, la granada entreabierta.

La grandeza pesa como una cruz, dice Malraux que le confesó una vez el General De Gaulle. Y el caso de hombres-faros como Charles de Gaulle, no se repiten fácilmente en la historia.

Todos sus textos literarios son esenciales. Y es preciso leerlo para extraer jugos que son el zumo de la mejor uva de los parrales castellanos.

\* \* \*

#### LA CAÑA PENSANTE DE LANZA DEL VASTO.

Hay escritores que son por sí solos toda una estirpe. De una sangre que prepara ella misma sus contravenenos, contra un mundo racionalista, cruel, de una moral convencional. Espíritus que buscan oscuramente salvaciones intemporales para la raza humana. Enflaquecidos en la meditación, todo en ellos es raíz, y huesos y cerebro. Y un alma grande, gigantesco estuario al cual caen los luceros maduros. Lucha contra toda forma de violencia, la ira ciega, la agresión, la impudicia de muchas almas sumidas en el pudridero. Almas heroicas, que tienen subterráneos pisos fundamentales para excavar doctrinas, apotegmas, como canteras que no se evaporan nunca. Desligados de toda ambición terrestre y con profundo desprecio por las vanidades del mundo, todo él convertido en un ferial de compra y vende de las cosas más heteróclitas, propicio para manchar el alma, sin levantar nunca los ojos en busca del infinito, parecidos en esto a las bestias.

Pertenecen a ese selecto grupo de escritores que son los testigos dramáticos de nuestro tiempo, porque su alma la agita un tormentoso viento amargo y un lúcido sobrecogimiento. Leer sus obras es hacernos mejores. Comprender en toda su extensión la

tragedia humana y la comedia que desempeña el muñeco que se mueve en todos nosotros. De esta clase de espíritus lúcidos, parabólicos, “juncos pensantes”, fue Lanza del Vasto, el discípulo de Tagore, el maestro de la barba florecida como un lirio candeal.

Pocos espíritus que llevaran en el alma eclaustrada, mayor cantidad de esperanza, de justicia, de fe en el hombre. Ni la estética como delicia, sino como función creadora. Ni la vida como una exhibición de dones, sino como un ejemplo vivo, por lo cual no dejó imitadores de su prodigioso estilo literario, sino de conducta, de su naturaleza de hombre. Luchó bizarramente contra las bestias ululantes de nuestro tiempo. Nos advirtió de los grandes peligros que, como animales de presa y sangre, se ciernen sobre los horizontes calcinados del hombre contemporáneo, desarmado de fe, sumido en las tinajas del hedonismo que emblan-dece la carne y deshace el espíritu.

Pocos hombres como Lanza del Vasto, muerto en el año de 1981, se anticiparon a su tiempo. Y su voz llega a los confines de la hirviente amargura. Así lo dejó testimoniado en sus libros magistrales, su “*Judas*”, el bíblico es un libro estremecedor. Allí se desanillan las sierpes de la duda del hombre que lo conducen a la traición. “*Vinoba o la Nueva Peregrinación*”, “*Comentario del Evangelio*”, “*Las Cuatro Plagas*”, son entre otros, libros dolorosos y hermosamente escritos. Al retirarse a morir en un convento de cartujos, Lanza del Vasto fue fiel a sí mismo. Verbo testimonial, comprendió que “la caridad es a la inteligencia lo que el calor es a la luz”.

Escribir esos libros desesperantes perfectos, a la orilla de los grandes ríos sacralizados, sentirse hombre con un mensaje, saber que llega la muerte porque las arterias envejecen y el corazón nos avisa el tránsito final fue en Lanza del Vasto un mismo acto de fe y amor.

\* \* \*

...COMO CRECE LA SOMBRA... Jaime Tello. Banco de la República. Colombia. Editora “Guadalupe”. Diciembre 1980.

Esta selección de prosas en las cuales se exalta la memoria del Libertador Simón Bolívar, **El Continentador**, como lo llamara el poeta católico uruguayo José Gorosito Tanco, y recogido este

material, con gran gusto, por Jaime Tello, un gran escritor y poeta colombiano, radicado desde hace muchos años en Venezuela. Pero no solamente prosa, sino poemas fueron incluidos en esta antología que resiste la crítica más exigente. "La Rapsodia para un Héroe" del mismo Jaime Tello es de una desgarradora y patética belleza. Y poemas como los de Jorge Rojas y José María Vivas Balcázar, muerto tempranamente, en verdad debieran ser lectura obligatoria para escuelas, colegios de segunda enseñanza y universidades. Porque como se han reducido los estudios históricos, el conocimiento del idioma, la misma ortografía, estamos desembocando en una nación de analfabetos que, habiendo aprendido a medio leer, ignoran las bases de la República, ayunos de conocimientos que son esenciales para la formación de un pueblo culto.

El Banco de la República, con la activa siembra espiritual del Subgerente Cultural doctor Jaime Duarte French, honró dilatadamente la memoria del Libertador Simón Bolívar, rescatando documentos, retratos, paisajes, todo lo que significa y es válido en la epopeya bolivariana.

Jaime Tello logró con esta obra "...*Como crece la sombra...*" un gajo de laureles para ceñir la frente taciturna del gran hijo de América.